

VARIOS AUTORES, *Los universitarios: la élite y la masa*, México, UNAM, 1986, 139 pp. (Cuadernos del CESU, núm. 4).

En la actualidad, la mayor parte de los analistas de la educación están persuadidos de la profunda crisis que aqueja a las instituciones de educación superior y, particularmente, a la Universidad. En México, diversos autores desde perspectivas teórico-metodológicas también diferentes, han puesto de manifiesto algunos síntomas de esta crisis —tales como la desigual distribución de las oportunidades y los recursos educativos, los bajos índices de eficiencia terminal, el abatimiento de la calidad académica, la obsolescencia de los planes y programas de estudio, los desfases entre la formación profesional recibida y los requerimientos de la economía y la sociedad, etc. Pese a la precisión y exhaustividad que caracterizan a una buena parte de estos diagnósticos, no tenemos un verdadero conocimiento del funcionamiento social de la universidad, ni contamos con un modelo claro de lo que debe ser una universidad pública. Tal situación justifica la necesidad de profundizar en la sociología de la universidad con el fin de identificar el conjunto de factores que inciden en la crisis institucional y aquellos que, eventualmente, pudieran conducir a su superación. Es, precisamente, en el marco de la reforma institucional iniciada recientemente por la universidad más importante del país, la UNAM, que ha aparecido el primer número de los Cuadernos del CESU titulado *Los universitarios: la élite y la masa*, el cual reúne seis trabajos de investigación cuya motivación fundamental reside en el gran malestar que priva respecto a la situación académica universitaria.

El primer estudio contenido en este volumen se ubica dentro de una tradición de investigación sociológica que concibe la selección escolar, y particularmente la selección universitaria, en estrecha conexión con los procesos de reproducción social. Desde esta perspectiva, el objeto fundamental del análisis de Milena Covo, es presentar algunos resultados obtenidos de una encuesta aplicada a los estudiantes de la ENEP-Acatlán (UNAM), entre 1975 y 1978, “que permitan esbozar e interpretar ciertos rasgos de la naturaleza de la Universidad como unidad del sistema edu-

cativo formal y, por tanto, como elemento vinculado con los demás fenómenos y procesos sociales, sea en función o no, de los objetivos que le han sido explícita y públicamente encargados” (p. 17).

A partir de un somero análisis del sistema educativo en las últimas décadas, la autora destaca dos aspectos fundamentales de su evolución: 1) el innegable incremento de la población escolarizada, pero también, 2) su gran incapacidad para retener una buena parte de la población que accede a la enseñanza básica. Este proceso de selección y eliminación escolar —que se inicia en los niveles inferiores y que continúa hasta la universidad—, explica no sólo la estructura piramidal que ha adquirido el sistema educativo nacional, sino que pone de manifiesto las limitaciones que enfrenta la política educativa del Estado para el cumplimiento de sus propios objetivos. Aun cuando el proceso de exclusión y eliminación tiene diversas manifestaciones, la autora sostiene la tesis de que “la clase social de origen es la dimensión que, expresada como característica de los alumnos, se relaciona más estrecha y constantemente con los resultados de los procesos de selección, auto-selección y de exclusión escolar” (p. 21). Para contrastar el conjunto de hipótesis derivadas de esta proposición general, la autora realiza un análisis de la trayectoria seguida por los estudiantes de la generación 1975 de la ENEP-Acatlán, considerando tanto el año de ingreso como el de egreso de la universidad, haciendo intervenir como variable central la clase social (medida por la ubicación y la categoría ocupacional del padre, así como por su nivel de escolaridad). Los datos obtenidos por Milena Covo muestran que: 1) una alta proporción de estudiantes de la ENEP-Acatlán proceden de las capas medias (46%) y, en menor grado, de algunos sectores obreros (12%), en tanto que los estudiantes de origen campesino se encuentran poco representados; 2) a mayor escolaridad del padre, mayor probabilidad de que los estudiantes de primer ingreso hubiesen cursado sus estudios preuniversitarios en escuelas privadas, fuesen mujeres, proviniesen de la ciudad de México, y no hubiesen interrumpido sus estudios por razones económicas; 3) cuanto más baja es la categoría ocupacional de los padres, menor es la proporción de estudiantes egresados cuyos padres se sitúan en dichas categorías, y viceversa. Para la autora, si bien esta información no niega las tesis que se refieren a la movilidad social, sí las relativiza, por cuanto demuestra que el proceso de selección y autoselección que se realiza en el interior de la universidad, tiende a beneficiar a los hijos de las clases privilegiadas, por encima de cualquier otra.

El segundo trabajo denominado “La pirámide escolar en el bachillerato. Análisis de la eficiencia terminal en el Colegio de Ciencias y Humanidades”, examina el panorama general del bachillerato nacional a la luz de dos aspectos: 1) las transformaciones experimentales en el nivel medio superior a partir de las reformas emprendidas en 1970, y 2) la evolución de los fenómenos de expansión de la matrícula, cobertura de la demanda y eficiencia terminal.

En relación con el primer aspecto, Roberto Rodríguez afirma que la reforma educativa desarrollada en el sexenio 1970-76 centró su atención en la ampliación y diversificación de la cobertura educativa, la actualización didáctica y curricular, la reorientación de los contenidos educativos y la adecuación jurídica y administrativa de la organización escolar. Mediante la expansión de los servicios y recursos

educativos, la implantación de sistemas abiertos y extraescolares, de políticas dirigidas a la capacitación y entrenamiento técnicos de la fuerza laboral y la creación de nuevas modalidades educativas con salidas terminales e intermedias, se hizo posible una mayor integración de los grupos tradicionalmente marginados de la educación. En el caso específico de la educación media superior, ésta fue objeto de un conjunto de innovaciones entre las que destacan: la transformación de las escuelas vocacionales del IPN en CECyT, de carácter polivalente, con tres años de duración; la creación del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH), en 1971, a través del cual se buscaba dotar a los estudiantes de una educación formativa e in-terdisciplinaria, centrada en los aspectos metodológicos del conocimiento, y la creación del Colegio de Bachilleres (CB) que, al igual que el CCH, ofrece una capacitación técnica terminal optativa. Fueron estos tres paradigmas —los CECyT, el CCH y el CB— los que constituyeron la base de la reforma del bachillerato. Con estos elementos el autor aborda el segundo aspecto —el balance cuantitativo del bachillerato nacional en el periodo 1970-1980—, considerando tres indicadores fundamentales: la evolución de la matrícula, la cobertura de la demanda y la eficiencia terminal. Al relacionar los datos correspondientes a la expansión de la matrícula y la cobertura de la demanda, el autor muestra: 1) el notable crecimiento de la matrícula y, consecuentemente, de la tasa de absorción de la demanda potencial (grupo de 15 a 19 años), debidos a su vez a una fuerte expansión de la oferta educativa en este nivel de enseñanza; 2) la disminución del D. F. en la participación de la matrícula global del bachillerato y un notable incremento de la correspondiente a provincia; 3) el predominio del bachillerato propedéutico —es decir, el que conduce a estudios universitarios— en la matrícula del primer ingreso, respecto a otras modalidades educativas (bachilleratos terminales, normales).

Al analizar la eficiencia terminal del bachillerato tanto a nivel nacional como en las diversas modalidades (Escuela Nacional Preparatoria (ENP), CCH y CB), el autor pone de manifiesto que: 1) en el periodo 1970-1980, la eficiencia terminal de la ENP fue, en promedio, superior a la del bachillerato nacional (57.8 contra 49.6%); 2) en el mismo lapso, la eficiencia terminal del CCH y el CB estuvo por debajo del promedio nacional (39.8 y 32.2%, respectivamente). Con el objeto de profundizar aún más en las características de este fenómeno en el caso específico del CCH, el autor realiza un análisis de trayectorias considerando dos indicadores: a) el egreso por generación con base en la matrícula de primer ingreso y; b) el egreso por generación con base en la retención escolar (ciclos de 3 y 4 años). Los datos obtenidos del primer indicador muestran que de cada generación sólo el 30% de los estudiantes, en promedio, egresan en un lapso de tres años. Además, se observa una tendencia decreciente del egreso en tres años y creciente en cuatro años. Las cifras del segundo indicador destacan que, del conjunto de estudiantes que consiguen sobrevivir a lo largo del ciclo sin incurrir en los fenómenos de deserción o reprobación, el 41.4%, en promedio, concluye su bachillerato en tres años, y el 56.6% lo hace en tres y cuatro años. A juicio del autor, los datos anteriores ponen de manifiesto el rendimiento desigual de las instituciones consideradas; la diferencia existente entre “el rendimiento escolar de las generaciones y la eficiencia de la institución para lograr una cuota de egresos homogénea”, y que ni la deserción ni la reprobación consideradas por separado, pueden definir la cuota de egreso.

El proceso educativo y los factores que inciden en la promoción de los estudiantes del CCH de la UNAM, constituye otro de los estudios reunidos en este volumen. En él, Jorge Bartolucci analiza desde una perspectiva sociológica, “cómo el des- involucramiento de los estudiantes involucrados, gobernado en parte por lo que les ha sido dado objetivamente y en parte por lo volitivo de su conducta, contribuye a impulsar la educación universitaria en un sentido determinado” (p. 54). Para el autor, si bien la experiencia educativa del CCH constituyó un modelo educativo innovador, caracterizado por nuevas formas de trabajo escolar, un marcado acento crítico en lo relativo a cuestiones sociales, etc., la alternativa pedagógica que representaba el CCH no se ha traducido en una mejor formación académica de los alumnos. Con objeto de conocer en qué medida algunos factores sociales aunados a otros de carácter escolar han influido en la promoción o rezago de los alumnos de este subsistema, Bartolucci aplicó un instrumento a una muestra de 906 estudiantes de la generación que concluyó su bachillerato en 1979. La información recabada pone de manifiesto que: 1) la actividad laboral de los estudiantes puede afectar negativamente sus probabilidades de egreso, particularmente de los jóvenes (en el caso de las mujeres se destaca su mayor participación en el bachillerato universitario, y una eficiencia terminal similar a la de los hombres que lo concluyen en tres años); 2) al parecer, tanto la ocupación del padre como su nivel de ingreso, sólo parece incidir ligeramente en el éxito o fracaso escolar (medidos por el egreso escolar en tres o cuatro años y su no egreso). Dada la determinación de la distancia social entre los egresados y los desertores, es muy probable que el patrón de promoción social se sustente no tanto en las desigualdades económicas como en un estándar académico más uniforme. Dicho de otra forma: “... es más razonable esperar que al intensificarse las exigencias escolares en un medio social más concentrado, disminuya la competencia social y ocupe un lugar más relevante la contienda intelectual” (p. 61). A fin de comparar las características distintivas de los alumnos promovidos por el CCH con los patrones de promoción presentes en la educación oficial, Bartolucci analiza la incidencia que el promedio obtenido en la secundaria y la actividad escolar —medida por la asistencia a clase, el cumplimiento de las tareas y trabajos, la presentación de exámenes y dedicación al estudio—, pueden ejercer en la promoción de los alumnos del nivel medio básico al nivel medio superior, y de éste al superior. La información obtenida por el autor muestra que: a) la rapidez con que egresan los alumnos del CCH está en relación directa con el promedio obtenido en el nivel medio básico. Por lo tanto, cuanto más elevado sea el promedio obtenido por los estudiantes en la secundaria, mayor probabilidad tendrán de egresar en un lapso de tres años; b) entre los indicadores del trabajo escolar, la realización de tareas y, sobre todo, la asistencia a clase son los que tienen una conexión más estrecha con el tiempo de egreso del bachillerato.

Otro estudio contenido en el libro *Los universitarios: la élite y la masa*, es aquel realizado por Juan F. Zorrilla, quien analiza los vínculos entre la instauración de una nueva modalidad educativa de nivel medio superior —el CCH— y el tipo de profesorado reclutado para impartirla. Según el autor, al igual que sucedió con otras acciones de política educativa instrumentadas por el Estado entre 1959 y 1975 (tales como el libro de texto gratuito, el “Plan de Once Años”, la creación de la Universidad

Autónoma Metropolitana (UAM) y el CB, etc.), el establecimiento del CCH significó un nuevo intento por ajustar el sistema educativo a la dinámica de la sociedad mexicana. Como “portador de grandes esperanzas de transformación radicales”, el CCH representó una de las vías mediante las cuales se logró el restablecimiento de las relaciones Universidad-Estado, debilitadas a raíz del conflicto estudiantil de 1968. Para la Universidad, la introducción de esta nueva modalidad educativa no implicó la modificación de alguna de las estructuras que la conformaban. Para el Estado, aun cuando le significó un mayor costo financiero, le garantizó un mayor grado de consenso y legitimidad política al ampliar significativamente las oportunidades educativas y de empleo en este sector. Si se considera que: 1) una vasta mayoría de los maestros del CCH integraron los contingentes del movimiento estudiantil que en 1968 se enfrentó al gobierno, 2) la política aperturista del presidente Echeverría se centró en la reconciliación con los sectores medios y profesionales mediante su incorporación al aparato estatal y el aumento casi irrestricto del subsidio a las universidades, entonces parece claro que “... la creación del CCH corresponde a un momento político en el que el Ejecutivo Federal se muestra positivamente sensible al financiamiento de iniciativas novedosas en materia de educación, que otorgasen oportunidades a grupos para quienes ‘el sistema’ había permanecido cerrado, o bien inaceptable como opción de trabajo” (pp. 84-85). La inserción del CCH en el proceso de cambio de las relaciones Universidad-Estado que tuvo lugar a partir de los años setenta, plantea un conjunto de interrogantes: ¿De qué manera se logró la convergencia entre el Gobierno Federal, las autoridades universitarias y los maestros?, ¿qué papel jugó el cuerpo magisterial en el surgimiento y consolidación de esta nueva modalidad educativa?, ¿qué contenido le imprimió el personal docente a este espacio universitario? Con objeto de conocer la incidencia de algunos factores sociales en el desempeño de los docentes del CCH, el autor realiza un análisis de las experiencias laborales que median entre el ingreso de los ahora maestros a los estudios profesionales de nivel licenciatura y el comienzo de su carrera profesional en el CCH. Del examen de los datos correspondientes al tipo de trabajo desempeñado por los maestros así como de las fuentes o “vías” que los condujeron a ellos (relaciones familiares, escolares y medios de comunicación), el autor encontró que: a) las relaciones o “contactos” escolares y, en menor medida, los medios de comunicación son los que conducen a la obtención de empleos en el campo de educación; b) en contraste con las fuentes anteriores, las relaciones familiares parecen llevar, indistintamente, al ejercicio de la docencia, al desempeño profesional y a empleos semiespecializados. A la luz de estos resultados, se puede concluir que, aun cuando no es función de la universidad colocar a sus egresados, la creación del CCH por parte de la UNAM adquirió gran relevancia, ya que proporcionó muchas más salidas en el ámbito del empleo docente.

El quinto trabajo reunido en este volumen, “Formación de la identidad del científico”, tiene por objeto el análisis del proceso de formación de científicos en el marco de un programa experimental de la Licenciatura en Investigación Bio-médica Básica, que contribuya a resolver el problema de la formación de cuadros científicos en México. Se trata de un estudio longitudinal en el cual Jacqueline Fortes y Larissa Lomnitz aplicaron un conjunto de entrevistas abiertas a los estudiantes de las tres

primeras generaciones (1973-1980), así como a los profesores, al comienzo y al final de cada semestre. La tesis de las autoras es que, para formar a un científico, no basta con aprender ciertos conocimientos o el dominio de técnicas. Se requiere la asimilación de una ideología, de una forma de trabajar e interpretar el mundo, como la profesa una determinada comunidad científica, que el joven aspirante debe interiorizar a través de un largo proceso de socialización. Es, precisamente, la transmisión de una ideología del quehacer científico, lo que constituye el núcleo fundamental del proceso de socialización científica. En el programa de formación estudiado por Fortes y Lomnitz, los estudiantes fueron socializados a través de tres canales principales: 1) la relación tutorial; 2) la actuación del rol, y; 3) la interacción con un grupo. La relación tutorial constituye la unidad básica de socialización, ya que el tutor actúa como modelo y guía estableciendo una estrecha relación con el alumno, el cual aprende por imitación o guiado directa o indirectamente por los profesores. La actuación de rol se refiere a la actividad misma de investigación. El trabajar investigando que hace que el estudiante no sólo trabaje como investigador y que domine los conocimientos y metodologías pertinentes, sino que asuma los aspectos ideológicos del científico, tales como los criterios de validez de las teorías, la necesidad de comprobarlas, y la afirmación o crítica de las propias ideas. Finalmente, la interacción con el grupo constituye un canal a través del cual se desarrolla un sentimiento de pertenencia a una comunidad y de compromiso entre los futuros científicos. Este sentimiento se logra asimilando la ideología, el lenguaje y las experiencias que se adquieren al formar parte de los grupos de investigación. En el curso de su estudio, las autoras lograron distinguir cuatro diferentes fases por las cuales atraviesan los estudiantes durante su proceso de formación y socialización científica: una fase de devaluación (propedéutico y 1er. año); otra de sobrevaloración y euforia (2o. año); un periodo de cuestionamiento y crítica (3o. y 4o. años) y, finalmente, una fase de integración (hacia finales del 4o. año y durante el trabajo de tesis). Según las autoras, aun cuando a lo largo de todos estos periodos se producen crisis entre los estudiantes, también se fortalece su identidad como científicos, y les facilita la integración de modelos científicos en etapas posteriores de formación (estudios de maestría y doctorado).

El último artículo de este volumen examina la evolución de la Facultad de Medicina, Veterinaria y Zootecnia de la UNAM. Se trata de un estudio que analiza las relaciones entre la Universidad y el Estado, su influencia en la formación de nuevos técnicos especializados (los médicos veterinarios zootecnistas), que han pasado a formar parte de la alta burocracia estatal (p. 91). La información reunida en este trabajo fue el resultado de un cuidadoso análisis de los doce planes de estudios que han orientado la formación de veterinarios de 1957 a la fecha, y de las narraciones de destacados médicos veterinarios. Del análisis de ambas fuentes, la autora, Leticia Meyer, extrajo los elementos que constituyen los dos principales ejes de la investigación: 1) el enfoque neoevolucionista de Adams, que vincula el fenómeno de la autonomía universitaria (1929) con la formación de una nueva élite técnico-profesional relativamente independiente de las orientaciones del aparato estatal, y 2) los cambios en las concepciones de lo que debía ser un médico veterinario, el cual deja de ser concebido como un simple "mecánico" para convertirse

en un actor y promotor del cambio social (pp. 92-93). Este cambio en la formación del médico veterinario —según la autora— se encuentra estrechamente vinculado al desarrollo del país, a las concepciones de los gobernantes respecto a la educación y al quehacer científico (especialmente de la medicina y la zootecnia), y a la solución de problemas prácticos, particularmente el de la fiebre aftosa que invadió al país en 1946. Fue, precisamente, a raíz de este último acontecimiento que la medicina veterinaria empezó realmente a desarrollarse en el país, mediante la firma de convenios con instituciones de investigación norteamericanas, la fundación del Departamento de Investigaciones Pecuarias dependiente de la entonces SAG, los programas de formación e intercambio de profesores, la creación de la Subsecretaría de Ganadería, y la creación del Colegio de Médicos Veterinarios. Lo anterior no sólo propició la consolidación de fuentes de trabajo para los médicos veterinarios, sino que abrió la posibilidad de que este gremio participara en la política pecuaria del Estado. Hasta 1957, sólo la UNAM ofrecía la carrera de Veterinaria. No obstante, a partir de esta fecha se han creado unas 20 escuelas que imparten esta carrera en provincia. Si bien este hecho significó que la UNAM perdiera el monopolio de la formación profesional en esta área, no ha sucedido lo mismo en el caso de los estudios de posgrado, donde se están produciendo los cambios más importantes que darán lugar a una participación más decidida de los médicos veterinarios zootecnistas en el desarrollo del país.

Jorge Dettmer

FCPYS

